

## *Imprudente propósito de reinvasión española*

---

● A partir del posimperio, el gobierno de la república movió los pocos instrumentos diplomáticos que poseía a fin de establecer relaciones con países europeos y con Estados Unidos; y hemos visto cómo los propósitos del Supremo Poder Ejecutivo, primero; del presidente Victoria, después, quedaron cumplidos en lo que respecta al entendimiento con Inglaterra y América Septentrional; y hemos visto también deshacerse el nudo bolivariano, así como enturbiarse la amistad con los centroamericanos; ahora que no por esto último México cortó el cordón de la amistad con la América Meridional, capítulo que examinaremos más adelante.

Al acercarse el último año del presidenciado de Victoria, la república halló gran resistencia para el reconocimiento en los países que vivían bajo el influjo del talento de Metternich, en un principio; sometidos a la batuta francesa del archirreaccionario ministerio de Villèle, después; aunque no por ello se aplacó el interés mercantil de Francia ni el de los pueblos germánicos, de manera que aquéllos y éstos procedieron a nombrar agentes comerciales en México, cuyas actividades no eran muy recomendables, y a las que el presidente Victoria se refería más por contento, que por provecho. Tales agentes representaban a los Países Bajos, a las Ciudades Anseáticas, a Prusia, Baviera y Wurtemberg<sup>534</sup>.

También España, cuando sólo habían transcurrido dos años de la Independencia quiso comerciar con la república

<sup>534</sup> G. Victoria en *Los Presidentes*, ob. cit., t. 1, 75, 76; Cf., Sría. de Relaciones, *Las Relaciones Diplomáticas entre México y Holanda*, Méx. 1931

mexicana, y al efecto comisionó a don Juan Ramón Osés y a don Santiago de Irisarri, quienes vestidos de suma ingenuidad y dando la idea de ser más agentes políticos que mercantiles<sup>535</sup>, vieron quebrantada su aventurada empresa gracias al trazo de una imperecedera política internacional que hizo el ministro de Relaciones don Lucas Alamán, en 1823. “. . . el gobierno de México no puede hacer otra proposición al de España que el que reconozca la independencia, incluyendo en ésta la facultad de constituirse la nación bajo la forma que le convenga . . . Que ésta debe ser la base de toda negociación ulterior, y que sin ella ninguna especie de conciliación puede tener lugar”, escribió Alamán a don Guadalupe Victoria<sup>536</sup>.

Era explicable en esos días sombríos para el mundo debido a la política dominante de Metternich<sup>537</sup> que México siguiese con desconfianza los pasos de los comisionados peninsulares, y los tomase a manera de una finta mientras España reorganizaba sus filas militares después de sus desastres interiores; y en efecto, el rey, el gobierno “y la mayor parte de los políticos españoles —liberales y absolutistas— sustentaban la idea de conceder la independencia de los pueblos americanos”, siempre que estos aceptaran la “unión a la corona”<sup>538</sup>.

Acrescentaban ese “sueño favorito” de Fernando VII<sup>539</sup>, el arzobispo de México, los obispos de Puebla y Oaxaca<sup>540</sup>, los emigrados españoles establecidos en Burdeos y La Habana y las noticias sobre un supuesto caos en México como consecuencias de ridículos motivos<sup>541</sup>. De todo esto, como causa principal, se acusó al ministro Poinsett, sobre

<sup>535</sup> Sria. de Relaciones, *La Diplomacia Mexicana*, Méx. 1910, t. I, pp. 351 y ss.

<sup>536</sup> Alamán a Victoria, Méx. Septiembre 10, 1823, en *La Diplomacia*, supra

<sup>537</sup> Vide Benedetto Croce, *Historia* cit.

<sup>538</sup> Delgado, ob. cit., t. I, p. 430.

<sup>539</sup> *Ibidem*, I, 436

<sup>540</sup> *Ibidem*, 440; Carlos Bosche García, *Problemas Diplomáticos*, Méx. 1947, p. 138

<sup>541</sup> Apud Delgado

quien caería perennemente esa imputación peninsular, aceptada sin examen por historiadores mexicanos<sup>542</sup>.

Todo lo apuntado, pues, significaba que España estaba preparando sus armas, especialmente contra México. Para tal empresa, contaba con un total de doscientos ochenticuatro jefes, dos mil cuatrocientos ochentitrés oficiales y sesenticinco mil trescientos dieciocho hombres de tropa, aparte de once mil doscientos cuarentidós soldados de caballería. Precario era en cambio el estado de la marina española<sup>543</sup>.

Muy poderoso se presentaba el ejército hispano frente al mexicano. Aunque no precisos, los informes del 1827, dicen que el número de soldados nacionales, dejando a su parte las milicias locales, ascendía a siete mil plazas<sup>544</sup>; pero la cantidad no representaba la debilidad militar como la desidia del ministro de la Guerra don Manuel Gómez Pedraza, limitado en lo que respecta a la previsión; y esto a pesar de que desde marzo del 1827, el Gobierno tenía informes de crédito sobre los proyectos invasionistas de España<sup>545</sup>, y aunque a tales noticias se las consideró en un principio como argumento político, poco a poco fueron tomando cuerpo de seriedad, no obstante lo cual el Gobierno siguió imperturbable, hasta que a los comienzos del 1829, ya no pudieron ponerse en duda los aprestos que hacía España para intentar la invasión y ocupación de México.

Los primeros avisos formales de tales preparativos los envió el 10 de enero de 1829 el cónsul de México en Nueva Orleans<sup>546</sup>, y fueron confirmadas por el informe que el ministro de Colombia en Londres dio a don Vicente Rocafuerte, representante diplomático de México<sup>547</sup>; y ya advertido de la situación, el ministro de Relaciones don José Ma.

<sup>542</sup> *Ibidem*, 442

<sup>543</sup> *Ibidem*, 435

<sup>544</sup> Vide M. Gómez Pedraza, *Memoria*, Méx. 1827

<sup>545</sup> Bosch García, *ob. cit.*, pp. 137-138

<sup>546</sup> Cónsul a Relaciones, N. Orleans, 10 Enero, 1829. Ms. 3-1-35 75, Arch. Relaciones

<sup>547</sup> V. Rocafuerte a Relaciones, Londres 5 Febrero, 1829 Ms. 14-3-75. Arch. Rels.

Bocanegra, instruyó a Rocafuerte para que se entrevistase con el canciller Lord Aberdeen y procurase la neutralidad inglesa en la guerra que se avecinaba entre México y España <sup>548</sup>.

Dos grandes escollos encontró Rocafuerte para la tarea que se le encomendaba. Uno, el cambio en la política internacional de Inglaterra después de la muerte de George Canning, el discípulo de Pitt, ilustre estadista y abogado de la independencia de los pueblos americanos <sup>549</sup> y el trato Aberdeen-Ofalía sobre reclamaciones, gracias al cual España ganó la simpatía de los ingleses; y esto era importante para llevar al cabo la invasión de México <sup>550</sup>. Otro, la pérdida del prestigio cívico que los mexicanos sufrían en Europa. "El gobierno mexicano (escribió Rocafuerte, en marzo del 1829) está enteramente desacreditado en Europa . . . con la actividad en las comunicaciones todo se sabe . . . Los generales Guerrero, Bravo y Victoria han gozado hasta aquí . . . de su grande y justamente merecida reputación . . . pero desgraciadamente han perdido ya su prestigio <sup>551</sup>.

Detenido, pues, el paso ordenado a Rocafuerte, Bocanegra se dirigió a los países sudamericanos pidiéndoles el apoyo para México amenazado por los españoles; pero después de las fracasadas reuniones de Panamá y Tacubaya, las relaciones con los pueblos meridionales eran tan flacas que podían considerarse perdidas las esperanzas de ayuda <sup>552</sup>.

No procedieron de igual manera los centroamericanos, no obstante que don Mariano Mantilla, general de división de los ejércitos de Colombia, advirtió el 8 de enero del 1829 al gobierno de Nicaragua, que en La Habana era organi-

<sup>548</sup> Bosch García, ob. cit., p. 139; Cf. Webster ob. cit.

<sup>550</sup> Apud Bosch García

<sup>551</sup> Rocafuerte a Bocanegra, Londres, 24 Marzo, 1829 Ms. 1-12-1308. Arch. Rels.

<sup>552</sup> Bocanegra a Gobiernos (americanos), Méx., 17 Marzo 1829. Ms. 1-14-1587. Arch. Rels.; Vide J. Raz Guzmán y Raz Guzmán, en *Las Relaciones Diplomáticas de México con Sud-América*, Méx., 1925

zada una expedición española con el propósito de desembarcar en Omoa y avanzar hacia Guatemala<sup>553</sup>. Tal apoyo llegó especialmente de Guatemala; y esto con una generosidad pocas veces vista y a la cual los mexicanos no supieron corresponder, sino al contrario, poco afecto había dado México a los guatemaltecos.

Las relaciones entre los dos países contiguos estaban mermadas no sólo por el poco tacto para tratar al señor Larrazábal, como se dice arriba; no únicamente por haberse permitido que el suelo nacional se convirtiese en teatro para las conspiraciones contra el general Morazán, primero; para que se dejara al expresidente don Manuel José Arce, armar expediciones en Chiapas, después. Estaban mermadas sobre todo eso por los aires de superioridad que los caudillos políticos mexicanos mostraron en esos días<sup>554</sup>.

A pesar, pues, de esa actitud, Guatemala fue el país americano que tendió la mano a México en los días de la reinvasión española. Muy noble fue el manifiesto que en esa ocasión expidió el presidente de la república guatemalteca don José Barrundia, con quien México tiene una deuda moral y cívica que no ha intentado pagar.

Tal documento fue un canto a la libertad, a la independencia y a la fraternidad méxicoguatemalteca<sup>555</sup>. Nobilísimo también fue el decreto del senado de Guatemala que presidía don Mariano Gálvez<sup>556</sup>, mientras que don Pedro Molina, ilustre ministro de Relaciones guatemalteco, decía al Gobierno de México: “. . . los americanos en punto a su independencia se deben sentir todos, en sentir de mi Gobierno, como aliados naturales y compañeros de guerra”<sup>557</sup>.

<sup>553</sup> Montúfar, ob. cit., t. I, p. 179

<sup>554</sup> *Ibidem*, 159

<sup>555</sup> *Ibidem*, 180-182

<sup>556</sup> *Ibidem*, 182-183

<sup>557</sup> Pedro Molina a Relaciones, Guatemala, 17 Agosto, 1829. Ms. 1-14-15-87.- Arch. Rels.

Y así como hacia la frontera sur, México tuvo la amistad y apoyo requerido en los dramáticos días del 1829, no recibió la misma adhesión al volver la cara al norte. En efecto, el ministro Poinsett si por un lado negaba que los emigrados españoles radicados en Nueva Orleáns conspirasen contra México; por otro lado, al tiempo de ofrecer la simpatía en el caso de una invasión del ejército de España, intrigaba cerca de la secretaría de Estado noramericana, diciendo que México tenía propósitos expansionistas en Cuba y Guatemala, lo cual parecía preocupar a Estados Unidos, cuyas miras de dilatar su territorio e influjo en el continente no eran ocultas; pero aparte de las demostraciones diplomáticas de Poinsett, el gobierno washingtoniano se mostró egoísta frente a la probable empresa de España, haciendo omisión de la llamada *doctrina Monroe* <sup>558</sup>.

Era probable, porque el 16 de julio el general Antonio López de Santa Anna, gobernador y comandante de las armas en Veracruz, recibió aviso del capitán de una fragata de guerra francesa que arribó ese día al puerto, de la salida de La Habana de una expedición española armada al mando del brigadier Isidro Barradas. Un navío insignia, dos fragatas, cinco bergantines, cuarenta goletas, dos bergantines mercantes noramericanos y numerosas lanchas de auxilio formaban en la expedición, que había zarpado rumbo a las costas mexicanas el 5 de julio <sup>559</sup>.

Aunque sin saber el punto fijo a donde se dirigían los españoles, el general Santa Anna, luego de comunicar la noticia al presidente don Vicente Guerrero, puso sobre las armas a las milicias y pidió un préstamo a los veracruzanos que ascendió a trece mil setecientos treinticinco pesos <sup>560</sup>. El Presidente al recibir el aviso, expidió un proclama. "¡Com-patriotas! Después de una guerra desastrosa coronada por la victoria (dice el documento) . . . los vasallos del

<sup>558</sup> Morton Callahan, ob. cit., pp. 43-45

<sup>560</sup> Suárez, ob. cit., p. 139

<sup>560</sup> *Ibidem*

déspota español tienen la osadía de intentar invadir nuestro territorio <sup>561</sup>. En seguida, Guerrero convocó al Congreso tanto para darle parte del acontecimiento, como para pedirle facultades extraordinarias. La asamblea quedó instalada el 5 de agosto, cuando el Gobierno tenía ya informes ciertos de que los expedicionarios habían desembarcado el 25 de julio en Cabo Rojo a cincuenta kilómetros de Tampico <sup>562</sup>.

Frente al enemigo, México carecía de ejército y dinero. Además, el campo político no sólo estaba profundamente dividido, sino que la oposición a Guerrero, movida por el partido Histórico, que si no creía en la restauración española, sí en el gobierno de los aristócratas y "preparados", era poderosa y parecía invencible.

De esta suerte, el Congreso dominado por los enemigos de la veteranía insurgente, lejos de acceder a lo solicitado por Guerrero, se bamboleó en medio de una tormenta, dirigida especialmente sobre el ministro de Hacienda don Lorenzo de Zavala, al mismo tiempo que los otros secretarios de Estado eran llamados a informar; y esto mientras que los expedicionarios tomaban posiciones en Tampico <sup>563</sup>.

En tanto esto sucedía en la ciudad de México, a la madrugada del 25 de julio echaban anclas en Cabo Rojo doce buques, de los que se desprendieron veinticinco lanchas con soldados españoles. Un oficial de cívicos y un grupo de éstos que guarnicionaban el punto, se retiraron al descubrir al enemigo <sup>564</sup>. Los peninsulares estaban nuevamente en suelo mexicano.

Ese mismo día, y sin esperar órdenes expresas del ministro de Guerra, el general Santa Anna arrendaba y armaba en Veracruz cuatro goletas noramericanas y otras cuatro mexicanas de la pequeña flota nacional, más cinco lanchas.

<sup>561</sup> "El Presidente de la República", Méx. 20 Julio 1820, en *Los Presidentes*, 138-139

<sup>562</sup> *El Congreso se dirige*, Méx., 1829

<sup>563</sup> Suárez, *supra*, 140-142

<sup>564</sup> Expedición Barradas, Ms. 2-15-3351. Arch. Rels.

Además, mandó que también quedasen listos para transportar tropa un longo, dos piraguas y tres botes de pesca. Después, con diligencia extraordinaria que en ocasiones se ha querido ocultar <sup>565</sup>, reunió cerca de dos mil hombres <sup>566</sup>, dejando trescientos guarnicionando el puerto, ordenando que quinientos hombres más, de caballería, marchasen por tierra de Jalapa a Tuxpan.

Hecho lo anterior, mandó que la pequeña armada se hiciese a la vela el 3 de agosto. Santa Anna con su estado mayor y una banda de músicos, embarcó en la goleta *Luisiana*. La suerte de México estaba en manos del audaz, diligente, ambicioso y patriota general Santa Anna <sup>567</sup>.

También con celeridad procedió Barradas, poniendo sobre la costa nacional tres mil quinientos soldados, mientras que Santa Anna conducía mil setenta en tan frágiles embarcaciones, que estuvieron a punto de zozobrar debido al temporal que les cogió durante la travesía, pero que fondearon felizmente en Tuxpan después de ocho días de travesía, a la que siguió con prontitud la marcha hacia Pueblo Viejo; pues Santa Anna no tenía un momento de reposo, esperando hallar al enemigo antes de que éste recibiese refuerzos de La Habana <sup>568</sup>.

El general Santa Anna tenía la certidumbre de que contaría para luchar con los españoles, con un mayor número de soldados; porque a la retaguardia del enemigo estaba el general Felipe de la Garza y calculaba que éste podía reunir quinientos hombres. De Jalapa, esperaba los quinientos jinetes, y otros tantos creía recibir de San Luis Potosí; ahora que para su primer movimiento no tuvo en cuenta esos posibles auxilios. De lo que sí quiso estar seguro fue de los resultados de la misión confiada a un grupo de exploradores que se adelantó hacia Tampico.

<sup>565</sup> Suárez, ob. cit., 145-146; Vide Los Españoles. El Libro del Colo. de Méx.

<sup>566</sup> Expedición Barradas. Mss. 3-1-3575 y 2-3-2177. Arch. Reís.

<sup>567</sup> *Ibidem*

<sup>568</sup> *Ibidem*



Aquí, se hallaban quinientos soldados españoles a las órdenes del coronel Miguel Salomón, pues el brigadier Barradas con el grueso de los expedicionarios marchó hacia Villerías y Altamira, con el objeto de sorprender a la tropa mexicana a fin de no dejar enemigo a su retaguardia. El movimiento correspondió a los designios del peninsular, puesto que las fuerzas de De la Garza que guarnicionaban los puntos se retiraron sin presentar combate, lo que afeó la conducta de Garza, quien el 13 de agosto se vio obligado a entregar el mando al general Manuel de Mier y Terán, quien hallándose retirado del servicio de las armas debido al confinamiento ordenado por el presidente Victoria, nombrándole miembro de la comisión de límites con Estados Unidos, acudió pronto a la defensa de México <sup>569</sup>.

Mientras Barradas ocupaba los reductos de Villerías y Altamira, Santa Anna a marchas forzadas nocturnas, porque durante el día la canícula producía muchos daños a sus soldados, se situó el día 20 a la margen derecha del río Pánuco. Tampico quedó a su vista. Los exploradores le informaron de la situación de Salomón quien al igual de Barradas perdía gente debido al clima y las pestes <sup>570</sup>.

“Inflado por el espíritu de gloria; herido en su soberbia por no haber sido llamado (como lo esperaba) al ministerio (del presidente) Guerrero; . . . confiado siempre en el desarrollo de las operaciones defensivas y ofensivas ya sobre el campo de batalla; lleno con su loca ambición; sintiéndose suficientemente grande para no llegar al fracaso” <sup>571</sup>, el general Santa Anna embarcó su tropa en botes y canoas y a la medianoche de ese mismo día cruzó el Pánuco. Creía caer sorpresivamente sobre el enemigo; pero la imprudencia de uno de sus soldados puso sobre las armas a la gente de Salomón <sup>572</sup>.

<sup>569</sup> Ohland Morton. "Life of General de Mier y Terán", en *The Southwestern Historical*, Vol. XLVII, Núm. 3, pp. 258-259

<sup>570</sup> Suárez, ob. cit., 147

<sup>571</sup> J. C. Valadés, *México, Santa Anna y la Guerra*, Méx. 1965, p. 90

<sup>572</sup> *Ibidem*

Comenzó el combate con desventajas para ambas partes. El español necesitó refuerzos y Barradas no estaba a la vista. Santa Anna no podía retroceder, pues el Pánuco corría a su espalda. Era necesaria una tregua. Uno, la requería para esperar al comandante en Jefe; el otro, para repasar el río. Tal tregua quedó firmada a la tarde del 21. Santa Anna permaneció en la margen izquierda del Pánuco, animado por el auxilio de tropa recibido en el curso del día; aunque para esas horas Barradas estaba en la plaza con dos mil soldados más <sup>573</sup>.

A los españoles no les acompañaban los triunfos. Habían dejado a su retaguardia al general Mier y Terán, quien luego de recuperar Villerías y Altamira procedió a fortificarse, construyendo con gran diligencia dos líneas de parapetos, de manera que podía retirarse estratégicamente de la primera para atraer al enemigo a la segunda <sup>754</sup>.

Sintiendo al enemigo a sus espaldas y fingiendo no tener noticias de la tregua con Salomón, Barradas se dirigió a Santa Anna el día 25, pidiéndole tener, antes de continuar las operaciones, una entrevista en la que sólo intervendrían los dos generales y el aventurero don Eugenio Aviraneta; pero el general mexicano se rehusó a tal conversación, con mucha dignidad, al tiempo de condenar como antipatriótica la que habían tenido Garza y Barradas <sup>575</sup>.

Con esa solicitud del jefe español quedaba de manifiesto la debilidad de los invasores; y esta la aprovechó Santa Anna para hacer efectiva la tregua del 21, gracias a la cual sus soldados repasaron el Pánuco, enseguida de desfilar frente a los españoles con bandera desplegada y tambor batiente <sup>576</sup>.

Santa Anna aprovechó el alto para dar mayor orden a su tropa, mientras que Mier y Terán a quien el propio Santa Anna nombró lugarteniente del ejército en operaciones,

<sup>573</sup> Apud Suárez

<sup>574</sup> Apud Morton

<sup>575</sup> Suárez, 149-150

<sup>576</sup> Expedición. Mss. cit.

avanzó a la ranchería de Doña Cecilia, comunicando a los invasores de Tampico con los ocupantes del fortín de la Barra; ahora que tal movimiento dejó un núcleo enemigo a la retaguardia de Mier, por lo cual Santa Anna ordenó a su lugarteniente que a las primeras horas del 10 de septiembre, esto es a los veinte días de preparativos militares, que asaltase el fortín de la Barra <sup>577</sup>.

Comenzaba Mier a movilizarse cuando empezó a soplar un huracán; y entre el rugir de mar y viento, volaron los parapetos de Barradas, desaparecieron las canoas de los mexicanos y se perdió la pólvora en ambos lados. El extranjero y su tropa se sumieron en el golfo del pesimismo, máxime que sin acabar de pasar el fenómeno, Santa Anna y Mier, luego de arengar a los soldados asaltaron el fortín de la Barra que pronto sucumbió. Eso sucedió cerca de la medianoche del día 10.

El brigadier Barradas anunció el deseo de capitular. La reinvasión había fracasado. A las tres de la tarde del 11 de septiembre el pabellón español quedó vencido <sup>578</sup>. México confirmó su independencia. La aventura costó a España cerca de un millón de duros y mil bajas entre muertos, heridos, enfermos y desertores <sup>579</sup>.

Los dulces sueños de Fernando VII se esfumaron para siempre. A las diez de la noche del 20 de septiembre del 1829, la ciudad de México se estremeció "a los disparos de cañón, al estallar de los cohetes" y al repicar de las campanas. "Las tiendas se abrieron; se iluminó como por encanto la ciudad, y el pueblo corrió gallos con la música". Entre la multitud, paseó por las calles el presidente don Vicente Guerrero <sup>580</sup>. Dos meses y medio más tarde salían del suelo mexicano los últimos soldados de la expedición fernandina <sup>581</sup>; pero se acercaban otras dramáticas horas nacionales.

<sup>577</sup> Morton, "Life" cit., 261-262

<sup>578</sup> Sría. de Guerra, *El Boletín Oficial*, Núm. 26; Suárez. ob. cit. 158-160

<sup>579</sup> Delgado, ob. cit., I, 444; Apud Suárez

<sup>580</sup> *Ibidem*, 161

<sup>581</sup> *Ibidem*; Sría. de Guerra, *El Boletín Oficial*, Núm. 31